

La *anagnórisis* en *Un día en la vida* de Manlio Argueta y en algunas otras obras literarias

Carmen González Huguet

Escritora y académica salvadoreña

ORCID: 0000-0002-2544-392X

Concepto. La *anagnórisis* en la literatura griega antigua

La palabra *anagnórisis* proviene del vocablo griego que significa «reconocimiento». En narrativa y en la retórica tradicional, el concepto de *anagnórisis* alude al reencuentro y reconocimiento de dos personajes a los que el tiempo y las circunstancias han separado. La segunda acepción que nos ofrece el diccionario es «reconocimiento de la identidad de un personaje por otro u otros».

En la literatura griega hay múltiples ejemplos de *anagnórisis*. El más famoso ocurre en la tragedia *Edipo rey*, de Sófocles, cuando el protagonista al fin se da cuenta de que las desventuras que ocurren a su tierra son causadas por el homicidio que él mismo cometió. Comprende entonces que fue él quien mató al rey Layo. Antes en el desarrollo de la historia, Edipo había matado a un hombre en un cruce de caminos. Da la casualidad de que aquel hombre y el monarca eran uno y el mismo. Es ahí donde Edipo comprende que aquel hombre, llamado Layo, quien era rey de Tebas, era su padre, y que la reina viuda, Yocasta, es su madre. Es en ese instante cuando Edipo entiende que, además de ser un parricida, ha cometido incesto, y que han sido esos crímenes los causantes de la maldición que se cierne sobre la ciudad-estado de Tebas.

Sin embargo, antes de que Sófocles escribiera su tragedia *Edipo rey*, ya Esquilo, en la trilogía *La Orestíada*, había echado mano de la *anagnórisis* como mecanismo narrativo. *La Orestíada* está formada

por tres tragedias: *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*. En dicha trilogía se narra cómo Clitemnestra mata a su marido, Agamenón, quien había permanecido ausente varios años luchando contra la ciudad de Troya.

El terrible encono de Clitemnestra se debe a que, para poder partir a la guerra, Agamenón sacrificó a su propia hija, Ifigenia, cosa que la madre de la joven jamás le perdonó. La culpa de Clitemnestra es haberse dado al *hybris*. Este concepto griego implica desdeñar la razón y dejarse dominar por las emociones, algo considerado socialmente inaceptable en la cultura griega. Por eso la llamada «cólera de Aquiles», al comienzo de la *Ilíada*, acarrea tantas desdichas: es el justo castigo a la humanidad que abandona la razón y se entrega a las emociones desatadas, esto es, a la parte más irracional de la naturaleza humana.

Volviendo a *La Orestíada*, en ausencia de Agamenón, Clitemnestra ha iniciado una relación con un amante llamado Egisto, con quien convive en la misma casa de su marido. En aquel hogar desgarrado por la discordia ha tenido que vivir Electra, hermana de Ifigenia, quien ha aguardado por años el regreso de su padre, Agamenón, con la esperanza de que el *paterfamilias* haga justicia y ponga orden. Pero a la llegada de Agamenón, Clitemnestra finge recibirlo bien, le prepara un baño y entonces toma un hacha y lo mata. Y después asesina, de igual manera brutal, a la infortunada Casandra, la hija de Príamo y Hécuba, reyes de Troya, y, por lo tanto, hermana de Paris y de Héctor. Casandra le ha tocado en suerte a Agamenón en el reparto de las esclavas, cuando después del incendio de Troya los aqueos se reparten a las mujeres de la casa real. Muertos los hombres en la batalla, son ellas parte del botín de los vencedores y quedan condenadas a una vida de servidumbre. Así, Hécuba le ha tocado en suerte, como esclava, a Ulises, el más astuto de los griegos; y la desdichada Casandra, profetisa cuyos vaticinios no cree nadie, ha ido a parar a las manos de Agamenón.

En *La Orestíada*, Electra había enviado lejos a su hermano menor, Orestes, porque temía que Egisto lo matara, pero después del funeral

de Agamenón, el muchacho regresa ya convertido en un hombre. Electra ha ido de visita a la tumba de Agamenón a dejar ofrendas. Ahí se encuentra con un mechón de cabello que alguien dejó como recuerdo. Ese cabello es del mismo color que su pelo. Así comprende Electra que su hermano ha vuelto y se alegra profundamente. En el momento en que Orestes y Electra se encuentran y se reconocen como hermanos, después de años de no verse, ocurre la *anagnórisis*. Orestes vengará a su padre asesinando a Clitemnestra, crimen por el que lo perseguirán las terribles Erinias, también llamadas Furias, divinidades ancestrales que castigan a los parricidas. Orestes, que ha matado a su madre para castigar el asesinato de su padre por instigación del dios Febo, es perseguido hasta el santuario de esta divinidad en la isla de Delos por las diosas terribles.

Deben entonces intervenir los otros dioses, como tantas veces sucede en las historias griegas, y someter el destino de Orestes al Areópago, el tribunal de Atenas, sobre el que influye Atenea para que lo absuelvan. Sin embargo, como forma de reparación por su crimen, el acusado debe traer de la región de Táuride una estatua consagrada a la diosa Artemisa. Las Erinias son llamadas, en adelante, las *Euménides* (las benévolas) o, también, con el eufemismo de *Semnaí Theaí* (venerables diosas), y solo así dejarán de perseguir al parricida.

Por otra parte, ya Homero había echado mano a la anagnórisis como mecanismo narrativo al final de *La Odisea*. En el canto XVII encontramos a Ulises, también llamado Odiseo, a quien la diosa Atenea ha dado un aspecto avejentado y miserable, que arriba a su propia casa acompañado del porquero Eumeo. Al llegar se topa con su viejo perro Argos:

«Y un perro que estaba echado levantó la cabeza y las orejas, Argos, el perro del desdichado Odiseo, al que en otro tiempo crio él mismo, pero no lo disfrutó, pues antes partió hacia la sagrada Ilión. Otrora los jóvenes solían llevarlo tras las cabras monteses, los cervatillos y las liebres; pero ahora yacía, sin cuidados al estar su amo ausente, en abundante estiércol de mulas y bueyes, que había

sido amontonado delante de las puertas hasta que se lo llevaran los criados para estercolar las extensas tierras de Odiseo. Allí estaba echado el perro, que saludó con el rabo y bajó las dos orejas, pero después ya no tuvo fuerzas para llegar más cerca de su amo; y este, al reconocerlo desde lejos, se enjugó una lágrima ocultándose hábilmente de Eumeo, y en seguida lo interrogó con estas palabras: “Eumeo, realmente es muy de extrañar que ese perro esté echado en el estiércol. Su cuerpo es hermoso, pero no sé con certeza si, además de esa belleza, era también veloz en la carrera, o si era como esos perros que se alimentan a la mesa de los hombres, y que los señores cuidan por vanidad”. Y contestándole le dijiste, porquero Eumeo: “En verdad este perro era de un hombre que murió lejos. Si en aspecto y actividad estuviera tal como lo dejó Odiseo al partir hacia Troya, en seguida reconocerías al verlo su ligereza y su fuerza. Pues ningún animal salvaje al que persiguiera se le escapó en las profundidades del espeso bosque; ciertamente sobresalía en el rastreo. Ahora es presa de la desgracia, ya que el amo se le murió lejos de la patria, y las mujeres negligentes no lo cuidan. Los criados, en cuanto no hay señores que los manden, ya no se preocupan más de hacer lo correcto; pues Zeus de ancha mirada arrebató al hombre la mitad de su virtud el día que lo sometió a la esclavitud”. Así diciendo entró en la casa agradable para vivir, y se fue derecho a la sala en busca de los ilustres pretendientes. A Argos, mientras tanto, se lo llevó la Moira de la negra muerte, tan pronto como vio a Odiseo después de veinte años». Fin de la cita.¹

En *La Odisea* también encontramos por lo menos otros dos momentos de *anagnórisis*. Uno sucede antes que el caso de Argos, en el canto XVI, cuando Telémaco reconoce a Ulises, su padre, en la cabaña del porquero Eumeo. Otro ejemplo de *anagnórisis* tiene lugar cuando la fiel Euriclea, quien había sido la nodriza de Ulises, primero, y de Telémaco, después, también reconoce a su amo gracias a una cicatriz en la pierna que un jabalí le había dejado cuando el

1 Picklesimer (1997), María Luisa. La doble función del perro Argos en la Odisea. Universidad de Granada. En: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/florentia/article/view/4440>, consultado el 23 de septiembre de 2022.

héroe cazaba en el monte Parnaso. Pero la apoteosis de la obra es la anagnórisis final, en el canto XXIII, cuando Penélope pone a prueba a su esposo. Primero, Ulises se dirige a ella de esta manera:

«— ¡Desdichada! Los que viven en olímpicos palacios te dieron corazón más duro que a las otras débiles mujeres. Ninguna se quedaría así, con ánimo tenaz, alejada de su marido, cuando este, después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. Pero ve, nodriza, y aparéjame la cama para que pueda acostarme, que esa tiene en su pecho corazón de hierro».

Permítanme aquí un comentario al margen: Qué cara dura es Odiseo. Se ha ido y ha pasado primero diez años en la guerra de Troya, y luego otros diez «dándole vuelo a la hilacha» con Circe y con Calipso, y todavía tiene el descaro de hablarle así a su legítima. Hay que ser muy sinvergüenza para atreverse a increpar a la fiel Penélope, quien bien pudo «quemarle la canilla» con alguno de los pretendientes y no lo hizo. Al contrario: ideó la estratagema de destejer de noche lo que tejía durante la jornada para evitar tener que escoger a uno de los «gorrones» que, durante la ausencia de Ulises, han estado comiéndose el patrimonio del héroe. Pero sigamos. A lo anterior, la reina responde:

«— ¡Desdichado! Ni me entono, ni me tengo en poco, ni me admiro en demasía; pues sé muy bien cómo eras cuando partiste de Ítaca en la nave de largos remos. Ve, Euriclea, y ponle la fuerte cama en el exterior de la sólida habitación que construyó él mismo: sácale de allí la fuerte cama y aderézale el lecho con pieles, mantas y colchas espléndidas. Habló de semejante modo para probar a su marido; pero Odiseo, irritado, le dijo a la honesta esposa: — ¡Oh mujer! En verdad que me da gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? Difícil le fuera hasta al más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que hoy viven, ni aun de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno. Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y

florecente, que tenía el grosor de una columna. En torno suyo labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras. La cubrí con excelente techo y la cerré con puertas sólidas firmemente ajustadas. Después corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas; pulí con el bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enderecé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré todo con un barreno. Comenzando por este pie, fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla. Adorné el lecho con oro, plata y marfil, y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de púrpura. Tal es la señal que te doy; pero ignoro, oh mujer, si mi lecho sigue incólume o ya lo trasladó alguno, habiendo cortado el pie del olivo. Así le dije; y Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas, le echó los brazos alrededor del cuello, le besó en la cabeza y le dijo: —No te enojas conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieron que gozásemos juntos de nuestra juventud, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora, tan luego como estuviste en mi presencia; que mi ánimo acá dentro del pecho temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman perversas astucias. La argiva Helena, hija de Zeus, no se hubiera juntado nunca en amor y cama con un extraño, si hubiese sabido que los belicosos aqueos habían de traerle nuevamente a su casa y a su patria tierra. Algún dios debió incitarla a ejecutar aquella vergonzosa acción; pues antes nunca había pensado cometer la deplorable falta que fue el origen de nuestras penas. Ahora, como acabas de referirme las señales evidentes de nuestra cama, que no vio mortal alguno sino solos tú y yo, y una esclava, Atoris, que me había dado mi padre al venirme acá y custodiaba la puerta de nuestra sólida estancia, has logrado dar el convencimiento a mi ánimo, con tenerlo yo tan obstinado...» Fin de la cita de la misma fuente.

Como vimos, de esta manera se da la *anagnórisis* al final de *La Odisea*, cuando Penélope reconoce, por fin, en el recién llegado a su marido Ulises que, como dijimos, había partido veinte años antes rumbo a la guerra de Troya.

En la Biblia encontramos un claro ejemplo de *anagnórisis* en la historia de José, vendido por sus hermanos como esclavo, quien después de una serie de aventuras más o menos desventuradas, llega a convertirse en virrey de Egipto. Luego de dar un merecido escarmiento a sus hermanos, José los reúne y se manifiesta ante ellos. Hace venir a Egipto a su anciano padre y en aquel país la familia logra tener una vida mejor, al menos por un tiempo.

La *anagnórisis* en otras obras de la literatura universal

La *anagnórisis* también aparece en otras obras, como por ejemplo en *La gitanilla*, una de las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes. En esta obra, Preciosa es una muchacha criada por gitanos, quienes la recogieron siendo una niña muy pequeña. La joven vive cantando y tocando el pandero para sostenerse. Un noble se enamora de ella, pero la historia de amor, que sería imposible por la diferencia de nivel social, se resuelve únicamente al descubrirse que en realidad Preciosa es la descendiente de un matrimonio de noble cuna.

En América, en la literatura prehispánica destaca la aparición de la *anagnórisis* en el drama *Ollantay*, cuando el inca Túpac Yupanqui encuentra a Cusi Coyllur prisionera y en ella reconoce a su hermana.

Por su parte, Shakespeare echa mano de la *anagnórisis* en su drama *El rey Lear*, donde el anciano rey se engaña primero acerca del verdadero carácter de sus hijas, y solo al final, cuando es demasiado tarde, comprende que la única hija que verdaderamente lo ha amado y que le ha sido fiel es la menor, Cordelia.

La *anagnórisis* en la cultura de masas

John Ronald Reuel Tolkien (1882-1973) publicó la trilogía de *El señor de los anillos* entre 1954 y 1955. En ella nos narra cómo un grupo de nueve personajes, denominado «la comunidad del anillo», trabaja para destruir esta poderosa joya que, de caer en manos del máximo villano, encarnado por Sauron, sería capaz de subyugar toda la llamada Tierra Media, hasta convertirla en una especie de paraíso del mal.

La comunidad del anillo está formada por los siguientes personajes: el mago Gandalf, el gris; Aragorn, quien es llamado «Trancos» al principio y es un «montaraz»; el elfo Legolas, el enano Gimli; el hombre Boromir, hijo del senescal de Gondor llamado Denethor II; y los *hobbitses* Meriadoc Brandigamo, Peregrin Tuk, Samsagaz Gamyi y Frodo Bolsón. Este último es sobrino de Bilbo Bolsón, héroe de otra narración de Tolkien titulada *El Hobbit*, y publicada en 1937.

En *El señor de los anillos* encontramos al menos tres momentos de *anagnórisis*. Uno ocurre en la escena cuando Legolas le señala a Boromir que el hombre que llaman «Trancos» es en realidad Aragorn, el heredero de Isildur, rey de Arnor, por línea directa, quien está llamado a reinar sobre esa comarca de la Tierra Media. Los senescales, como el padre de Boromir, le deben lealtad y obediencia a la casa de Isildur.

Un segundo momento es cuando Gandalf se entera de que el anillo que Bilbo escamoteó hábilmente a Gollum no es otro que uno de los nueve anillos de poder, precisamente el que Isildur arrebató al señor oscuro Sauron muchos años antes. Este anillo es el que ha heredado Frodo. Sin embargo, este anillo es un arma que únicamente sirve a la maldad, por lo que atrae solo desgracias a sus poseedores.

Un tercer momento de *anagnórisis* ocurre cuando, después de muchas peripecias, y acompañado siempre de su fiel amigo Sam, Frodo Bolsón, el sobrino de Bilbo, comprende que no saldrá vivo de su misión de destruir el anillo en el Monte del Destino; y aun

así decide seguir adelante, porque alguien tiene que cumplir dicha misión, si es que la Tierra Media tiene algún futuro.

Por otra parte, en la saga de *La guerra de las galaxias*, cuyo autor principal es el director y productor cinematográfico estadounidense George Lucas, el momento más claro de *anagnórisis* ocurre en la película *Episodio V: El Imperio contraataca*, cuando el malvado Darth Vader confiesa al héroe Luke Skywalker que el propio Vader, conocido en otra época como Anakin Skywalker, es su padre. Luke se rebela contra esta verdad amarga que le resulta muy difícil de aceptar, ya que Vader no solo es un fiel aliado y súbdito del malvado emperador Palpatine, enemigo de la Alianza Rebelde, sino que asesinó al mentor de Luke, el maestro jedi Obi-Wan Kenobi.

También, en el *Episodio VI: El regreso del Jedi*, otro maestro jedi, Yoda, le informa a Luke Skywalker que tiene una hermana gemela. Esta no es otra que la princesa Leia Organa, líder de la Alianza Rebelde, a quien Darth Vader quiere destruir. Ambos, pues, son hijos de Anakin Skywalker, el hombre que alguna vez fue Vader, y de la infortunada reina (por un tiempo) Padmé Amidala.

Sin embargo, no es *La guerra de las galaxias* la única obra en la que nos topamos con la presencia de la *anagnórisis*. Este fenómeno surge, como veremos, en los lugares menos pensados. Podemos encontrarlo en películas como *El sexto sentido*, estrenada en 1999 y dirigida por el cineasta hindú M. Night Shyamalan, de la cual no añadiré más detalles por no estropearles el desenlace. También la *anagnórisis* está presente en *Doce monos*, cinta de ciencia ficción del británico Terry Gilliam, estrenada en 1995. En ambas películas actúa como protagonista el actor estadounidense Bruce Willis.

Podemos encontrar más ejemplos de *anagnórisis* en películas como: a) *La casa del lago* (2006) del director argentino Alejandro Agresti. En ella actúan Keanu Reeves y Sandra Bullock. b) *Pide al tiempo que vuelva* (1980), del director francés Jeannot Szwarc, basada en un relato de ciencia ficción de Richard Matheson titulado *Somewhere in time*. Los actores principales fueron Christopher

Reeve, Jane Seymour y Christopher Plummer. c) *El silencio de los inocentes* (1991), dirigida por Jonathan Demme y basada en la novela *El silencio de los corderos*, de Thomas Harris. La protagonista fue Jodi Foster en el papel de Clarice Starling, investigadora del FBI cuyo mentor es el asesino en serie y doctor Hannibal Lecter, encarnado por el actor británico Anthony Hopkins. Y aquí coloco una alerta para quienes no hayan visto la película: cuando Clarice ve una de las mariposas que cultiva Buffalo Bill, el asesino en serie a quien ella está investigando, posada cerca del amable vecino con el que está hablando en aquel momento, comprende que el criminal es él... y paro de contar.

Sin embargo, no puedo dejar de lado la saga de Harry Potter, de la escritora británica J. K. Rowling, en la que la *anagnórisis* es recurrente. Como ejemplo solo voy a señalar el momento cuando el protagonista descubre que sus padres no murieron en un accidente automovilístico, dato que le han hecho creer sus antipáticos tíos Petunia y Vernon Dursley, junto a quienes ha vivido desde que se quedó huérfano. Esto ocurre en el primer libro de la saga: *Harry Potter y la piedra filosofal* (*Harry Potter and the Philosopher's Stone*), obra lanzada el 26 de junio de 1997, aunque en los Estados Unidos este libro fue titulado *Harry Potter y la piedra del hechicero* (*Harry Potter and the Sorcerer Stone*) por razones puramente mercadológicas.

La escena en la que Harry se entera de la verdad de su origen sucede en el alojamiento desvencijado al que Vernon Dursley ha conducido a la familia, con la intención de huir de las lechuzas que le envían a Harry desde el colegio Hogwarts de Hechicería. Preguntando por él se presenta Hagrid, el guardabosque de Hogwarts, quien es el personaje que aclara las cosas. Harry es hijo de dos grandes magos: Lily y James Potter. A partir de esta escena, Harry no hará otra cosa que recopilar datos para reconstruir su propia identidad y la historia de su breve y trágica existencia. En realidad, la *anagnórisis* juega un papel fundamental en toda la saga de Harry Potter, tanto, que podría ser tema para un artículo independiente y mucho más extenso, pero esto rebasa los límites del presente trabajo.

La *anagnórisis* en una obra literaria salvadoreña

Manlio Argueta es un escritor salvadoreño nacido en la ciudad de San Miguel el 24 de noviembre de 1935. En la década de los ochenta, en San Salvador, y en medio de una época muy dura y convulsa de la historia salvadoreña, Manlio Argueta publicó por primera vez su novela *Un día en la vida*. Apareció bajo el sello de UCA Editores, casa editorial de la Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas». Para darse una idea de lo peligrosa que era aquella época, baste decir que el 24 de marzo de 1980 fue asesinado monseñor Óscar Arnulfo Romero, primer santo salvadoreño, por un francotirador, mientras oficiaba misa en la iglesia del Hospital de la Divina Providencia. Y, además, que tanto la imprenta como las oficinas administrativas de la UCA fueron víctimas, en distintas fechas, de bombas colocadas, presumiblemente, por escuadrones de la muerte.

Aunque merecería, sin duda, un análisis más profundo, podemos señalar que *Un día en la vida* narra, en realidad, no un día, sino escasamente la mitad: de las cinco horas con treinta minutos de la mañana a las diecisiete horas de ese mismo día. En ese tiempo, el autor resume la vida de una familia salvadoreña de estatus humilde. Es un grupo que reside en el área rural de El Salvador en los años setenta del siglo XX. Voy a colocar aquí una alerta para quienes no han leído la obra, aunque estoy convencida de que eso es cosa rara, porque este libro es uno de los más reeditados en El Salvador y, probablemente, la novela salvadoreña más conocida en los Estados Unidos y, en general, en el mundo.

En la trama se ha señalado la importancia que tienen las mujeres. No en balde la narradora principal es una mujer: Lupe, la esposa de hecho de Chepe Guardado. Es una campesina, madre de tres hijos, que trabaja hombro con hombro al lado de su marido para sostener a su familia. A través del monólogo interior de Lupe, entreverado por *raccontos* y *flashbacks*, así como por las palabras de otros, como su nieta Adolfinia, los guardias y otros personajes, nos enteramos del proceso que ha vivido la familia, sobre todo el *paterfamilias*, que ante la situación tan dura en la que viven, y con la intervención de curas y

celebradores de la palabra, se ha ido convenciendo de que su pobreza no es un designio divino, sino que, por el contrario, es producto de una estructura social excluyente, desigual y violenta que reproduce el mismo *statu quo*.

El más importante momento de la *anagnórisis* se da cuando una pareja de guardias nacionales, que eran parte de uno de los cuerpos de seguridad encargados de perseguir a quienes los terratenientes percibían como opositores políticos y graves agitadores «comunistas», llegan a buscar a Lupe para que identifique a un hombre. Lo han golpeado tan bárbaramente que tiene la ropa machacada y la cara bañada en sangre. Uno de los globos oculares del hombre está medio salido de la órbita. Pero a pesar de la tortura, Lupe reconoce a su marido en aquel «siervo de Yahvé», injusta y dolorosamente maltratado por los guardias. Sin embargo, y no obstante que con su mirada ella logra decirle a Chepe que lo ha reconocido, Lupe lo niega para proteger a su familia, especialmente a la más joven de sus descendientes: Adolfin, su nieta, que ya está involucrada en la lucha revolucionaria que busca terminar con la exclusión social y la desigualdad económica que los tiene sumidos en la miseria.

Por otra parte, y en un sentido más amplio, toda la novela puede considerarse como una *anagnórisis*, un proceso de «darse cuenta», de toma de conciencia. En ella, su autor nos describe cómo los campesinos advierten poco a poco que su situación paupérrima no es producto de «la voluntad de Dios», como por muchos años y fatalistamente les han hecho creer los curas más tradicionalistas, que hasta hacía poco eran los encargados de impartir el catecismo y de administrar los sacramentos en las comunidades campesinas.

Los «nuevos» curas comulgan con la llamada Teología de la Liberación. Son ellos quienes se encargan de abrirles los ojos y de hacerles ver que Dios no quiere ver sufrir a sus hijos, y que la pobreza no es una maldición divina, sino que tiene causas históricas contra las que es preciso luchar.

De esta manera, los oprimidos comienzan a cobrar conciencia de su propio carácter de «sujetos históricos» y de su capacidad para cambiar un estado de cosas que no solo camina en contra de los derechos humanos de los desposeídos, sino de la misma marea de la historia.

En este sentido, *Un día en la vida* no es solo uno de los más acabados ejemplos de *anagnórisis* que he tenido el honor de conocer, sino que retrata fielmente la *anagnórisis* de todo un pueblo, de todo un país: la desigualdad y la exclusión sociales tienen unas causas concretas y unos causantes claramente identificables. Sobre todo, lo más importante que nos dice la novela es que la pobreza no es inamovible: se puede y se debe revertir. Y el primer paso para que esto suceda es que los oprimidos tomen conciencia de su situación de explotación y de exclusión.

El proceso no será fácil. El autor lo subraya con claridad meridiana. Hay fuerzas que se oponen férrea y cruelmente a que el proceso siga adelante. La represión, tanto en las ciudades como en el campo, tal como el autor nos la presenta, es despiadada. Incluso, llega a ser sádica. La guerra civil, que en el año de publicación de la primera edición apenas se iniciaba, sería muy cruenta: más de setenta mil muertos, innumerables heridos, torturados, lisiados, desaparecidos y migrantes fue el doloroso producto de doce años de conflicto. Un conflicto cuyas secuelas todavía padecemos, tanto a nivel individual, personal, como colectivo, es decir, social. El Salvador de hoy en día, con todos sus avances y retrocesos, con sus libertades conquistadas y sus conflictos no resueltos, es producto de esos años.

El mérito mayor de Manlio Arqueta es el de haber sido, y seguir siendo, un testigo fiel de la realidad de un país tan convulso y complejo como El Salvador. Su lucidez y sus saberes literarios y poéticos le permitieron urdir una serie de escenas y una historia coherentes, donde la *anagnórisis* nos devela dicha realidad de modo inequívoco.

Conclusión

El presente trabajo no es, en modo alguno, una indagación exhaustiva sobre el fenómeno de la anagnórisis y su presencia en las obras de la literatura universal, ni siquiera de las obras de la literatura hispanoamericana o salvadoreña, pero es un primer acercamiento, ya que falta mucho para completar, siquiera de la manera más somera y resumida, el tema, y no hablemos de agotarlo. Sin embargo, pensamos que es un buen punto de partida para estudiar el fenómeno, tanto en la literatura escrita en castellano como en la literatura salvadoreña e, incluso, centroamericana. Se nos han quedado en el tintero muchos autores y obras a los que habría que hacer referencia, pero no queremos exceder los límites que este trabajo debe conservar. Aun así, es importante no perder de vista lo que dijimos, con otras palabras, al principio: «No hay nada nuevo bajo el sol».

Los seres humanos no podemos pretender que hemos descubierto o creado algo cien por ciento nuevo. En primer lugar, porque la lengua en la que nos expresamos es un ser vivo que evoluciona constantemente. Es algo que nos ha sido dado ya hecho. A lo más que podemos aspirar es a actualizarla y utilizarla para construir nuevos hechos lingüísticos. Pero, también, porque estamos inmersos en un proceso histórico y social que, ciertamente, no debemos olvidar que ni comienza, ni mucho menos termina, con nosotros. En este sentido, somos parte de una cadena de sujetos históricos que está cambiando una realidad cultural que, por definición, tiene una naturaleza dinámica y desafiante. Si esta primera aproximación contribuyera a inspirar a otros a continuar nuestros esfuerzos, nada nos complacería más y nada contribuiría de mejor manera a subrayar la importancia de nuestro trabajo. Que así sea.

Bibliografía

Argueta, Manlio (2011). Un día en la vida. S. S., DPI. ISBN 978-99923-0-215-6.

Borges, Jorge Luis (1999). El Aleph. Millenium El Mundo. ISBN 8481301663.

Borges, Jorge Luis (1967). El hacedor. Buenos Aires, Editorial Emecé. ISBN 89729761X.

Cervantes, Miguel de (s/f). Novelas ejemplares. Hay versión digital en línea: <http://www.bibliotecaspublicas.es/donbenito/imagenes/Miguel de Cervantes Saavedra ->

[_Novelas_Ejemplares_-_v1.0.pdf](#). Es obra de dominio público.

Esquilo (s/f). Tragedias. http://www.bibliotecaspublicas.es/donbenito/imagenes/Esquilo -Tragedias_-_v1.0.pdf. Es obra de dominio público.

Eurípides (s/f). Tragedias. Versión digital en línea: <https://www.javeriana.edu.co/biblos/Libros/tragedias.pdf>. Es obra de dominio público.

Fuentes, Carlos (1994). Aura. Alianza Editorial, S. A. ISBN 8420646261.

García Márquez, Gabriel (1978). Cien años de soledad. Santa Fe de Bogotá: E. Oveja Negra. ISBN 9580600023.

Homero (2007). La Odisea. S. S., DPI. ISBN 99923-0-0123-6. De dominio público.

<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/docs/Odisea.pdf>.

Picklesimer, María Luisa (1997). La doble función del perro Argos en la Odisea. Universidad de Granada. Versión digital en línea: <http://revistaseug.ugr.es/index.php/florentia/article/view/4440>.

Rowling, J. K. (1999). Harry Potter y la piedra filosofal. Salamandra. ISBN 8478884459.

Rulfo, Juan (1980). Pedro Páramo. Barcelona: E. Bruguera. ISBN 8402078613.

Shakespeare, William (1989). El rey Lear. Barcelona, Nauta. ISBN 8427811403.

Sófocles (s/f). Tragedias. Hay versión digital en línea: <http://hipermedula.org/navegaciones/sofocles-tragedias-completas-en-pdf/>. Es obra de dominio público.

Tolkien, J. R. (1993). El señor de los anillos. México: E. Minotauro. ISBN 968-446-046-5.

Zimmer Bradley, Marion (1989). Las nieblas de Avalon. Barcelona: E. Acervo. 2 tomos. ISBN 840023926.